

DESCONFÍA

JON
ARRETXE

但願老死花酒間



Tras huir de las presiones policiales sufridas en la Pequeña África de Bilbao y después de su breve estancia en un pueblo del Pirineo navarro, su particular odisea lleva a Touré a la Ville Lumière, a París. La ciudad donde vivió su hija Sira y donde nuestro desharrapado personaje pretende pasar inadvertido, camuflándose entre tanto migrante de origen africano que la habita. Por primera vez desde el comienzo de su periplo, Touré vive en la abundancia. La forma de ganarse la vida en la que le ha adiestrado su compañera Yareliz lo lleva, por primera vez, a vivir sin apreturas, a enviar dinero a su familia en Burkina Faso, y a encontrar un cierto sentido al hecho de haberse embarcado en esa peligrosa empresa que es la migración.

Pero, en el fondo, Touré sigue siendo la misma persona, fraternal y solidaria, que, sin proponérselo, se ve inmersa en otra peligrosa peripecia que pondrá en jaque su cómoda situación y su vida. La Ciudad de la Luz se convertirá en la de las Tinieblas para nuestro detective-vidente.

I
EL LABERIN-
TO

I

Una humareda espesa nubla el cielo mientras miles de personas observan boquiabiertas cómo se elevan las llamas. No pueden dar crédito a lo que están viendo: el fuego devorando las torres gemelas de Notre Dame. Montones de guiris se apelonan a orillas del Sena, móvil en alto, intentando captar el sobrecogedor momento, grabando y haciéndose *selfies* compulsivamente. La gente murmura, se habla de un posible accidente, pero en la mente de todos acecha la duda de si este incendio no será el resultado de un atentado yihadista. ¡Quién sabe! Sea lo que sea, a Yareliz y a mí nos trae sin cuidado cómo ha empezado todo esto. Nosotros nos frotamos las manos mientras el resto del mundo se las lleva a la cabeza: “¡qué desastre!”, “¡vaya desgracia!”...

Yareliz se va abriendo paso entre la multitud, siempre colándose por los espacios más estrechos. Cuanta más gente haya, mejor. Un “disculpe”, un “perdón”..., apenas un gesto rápido y unos dedos que se pierden por alguna rendija. Detrás voy yo, recogiendo con disimulo, una tras otra, las carteras que ella me va pasando, vaciándolas y dejándolas caer entre los pies de la gente sin que nadie se entere de nada. Todos están hipnotizados por las llamas.

Seguimos a lo nuestro como si fuéramos invisibles, hasta que finalmente escuchamos un lamento: “¡mi cartera!”. Toca retirada, pero no importa, tengo los bolsillos llenos de billetes, podemos irnos satisfechos. De hecho, creo que acabamos de batir todos los récords.

Nos alejamos por la orilla del río como si tal cosa, nadie nos molesta. En cualquier otro lugar quizás diéramos la nota, pero aquí, en París, un negro y una mulata no llaman la

atención. Además, nuestro aspecto es tan digno como el de cualquier parisino respetable, de algo tenían que servir toda la pasta y el tiempo invertidos en peluquería y boutiques de moda. Con dinero, hasta el más pringado puede dar el pego y parecer un aristócrata.

Al llegar a la boca del metro de Saint-Michel, Yareliz me coge del brazo, escaleras abajo, para no resbalar con sus zapatos altos de charol. Nos miramos en silencio, sonreímos, en sus ojos veo destellos de la misma euforia contenida que me invade a mí por dentro. Acabamos sentados en un viejo vagón que parece un muestrario de las razas del mundo, las puertas se cierran y el tren reanuda su marcha en dirección a Barbès-La Goutte d'Or, nuestro hogar durante estos últimos meses.

* * *

Después de todo lo que he pasado y el amargo recuerdo que me une a París, mira por dónde, es aquí, en esta ciudad multirracial, donde más cómodo me he sentido desde que salí de África, hace ya unos cuantos años. Reconozco que en el barrio bilbaíno de San Francisco no fue todo tan horrible, también hubo alguna que otra alegría, sobre todo gracias a ciertas personas que conocí allí, amigos de verdad. Pero las malas rachas eran más frecuentes y, para mi desgracia, cada vez más largas. No sé cómo lo hacía, el caso es que cuando intentaba arreglar algo, solo conseguía liarlo todo más. Al final terminé de mierda hasta el cuello, y cuando la presión y los chantajes de la policía se hicieron insoportables, no tuve más remedio que huir. Así llegué hasta un pequeño pueblo del Pirineo navarro. Mi única pretensión era vivir tranquilo, pero no se puede esquivar al destino, y el mío, por lo visto, estaba gafado. Aquel lugar perdido entre idílicas montañas resultó ser un auténtico infierno, y también tuve que salir de allí por patas.

Yareliz es lo único bueno que saqué de esa última etapa. Era una de las chicas del puticlub del pueblo, una belleza mulata que decidió largarse conmigo en el último momento. Ahora vivimos juntos en un piso de alquiler en Barbès, compartimos gastos, y a veces también cama, aunque no hay ningún compromiso sentimental entre nosotros. Normalmente vamos cada uno por nuestro lado. Ella es dominicana y, en París, ha encontrado algunos compatriotas con los que parece sentirse a gusto. Yo también me reúno de vez en cuando con otros africanos, aquí hay muchos; sin embargo, no paso demasiado tiempo con ellos, prefiero andar a mi bola.

Aunque sí hay algo en lo que Yareliz y yo vamos juntos muy en serio: en la forma de ganarnos la vida. Podría decirse que somos socios, creo que formamos un tándem perfecto y, gracias a ello, hemos conseguido abrir un nuevo capítulo en nuestras vidas, una época de abundancia y confort que deja atrás los chantajes, las humillaciones, los trabajos de mierda que apenas me daban de comer. Poco queda del antiguo Touré, con Yareliz todo ha dado un giro de 180 grados. Ahora nuestro bienestar no depende de las migajas que nos den, sino directamente de nuestra maña para sacar pasta de las carteras ajenas. Y no sólo eso, de vez en cuando también hacemos trabajos más sofisticados, como atracos a joyerías, gasolineras o cualquier otro tipo de local susceptible de tener la caja registradora llena.

Nos va bien, y cuando la ocasión lo merece especialmente, celebramos nuestros éxitos con una buena jamada. Ayer por la noche, después de lo de Notre Dame, decidimos darnos un homenaje con un exquisito menú que yo mismo preparé en casa: *foie gras* del bueno y patatas *au gratin* para empezar, un delicioso guiso de carne como plato fuerte y, para rematar, después de las fresas del postre y el enésimo brindis con el champán más caro del mercado, acabamos en mi dormitorio, donde hicimos méritos más

que suficientes para dejar en ridículo la buena reputación que los franceses tienen en la cama.

Así que esta mañana nos hemos despertado bastante tarde. La verdad es que teníamos que recuperar fuerzas, pero tampoco necesitamos ponernos excusas, en esta nueva vida podemos permitirnos el lujo de levantarnos a la hora que nos dé la gana. Por eso hoy he dejado pasar el tiempo sin remordimientos, me he quedado tumbado hasta aburrirme. Solo entonces me he decidido a mover el culo para ir a la ducha.

Cuando salgo envuelto en mi albornoz, Yareliz aún sigue enredada entre las sábanas.

—Voy a hacer un recado —digo, mientras escojo una camisa limpia del armario—. ¿Quieres que te traiga algo para desayunar?

—Ay, papi, muchas gracias, pero no. Me abroché una buena cena, creo que no comeré nada más en una semana.

Salgo del apartamento. Nuestro portal está en la calle Dejean, que es como un teletransportador que me lleva cada día de vuelta a África. Como en mi país de origen, aquí también se expone el género de las tiendas directamente en el exterior, y también hay mucha gente luciendo ropas de colores vivos, yendo de un puesto a otro, gente de piel oscura, personas como yo. En París hay muchísimos negros, especialmente en esta zona de Barbès conocida como La Goutte d'Or, cerca de la estación de metro de Chateau Rouge. Es raro ver blancos por aquí. Por eso me siento tan cómodo en París, porque puedo pasar inadvertido, sin despertar desconfianzas, ni atraer miradas de compasión... Ya he dejado de sentirme un delincuente en potencia, ahora que puedo ser anónimo prefiero ser un delincuente de verdad.

Voy hasta el locutorio de la calle Poissonniers, quiero mandar algo de dinero a Gorom-Gorom. Después de mucho tiempo sin un euro, por fin puedo enviar algo a casa, y con cierta regularidad, además. Gracias a eso se ha ido

apaciguando la ira de mi mujer. Yo sigo sin papeles, por lo que aún me resulta imposible traerla a Europa con los críos, que seguramente ya ni se acordarán de mí; pero al menos, los CFAs^[1] que recibe sirven para hacerle la vida más fácil, y eso ha ayudado a normalizar nuestra relación, en la medida en que se puede “normalizar” una relación con 6.000 km de por medio, claro.

Al salir del locutorio, un viejo se acerca y me da una tarjeta:

Profesor Traoré, medium, magia blanca. Puedo ver tu pasado y tu futuro. Soluciono todo tipo de problemas: dinero, amor, trabajo, estudios...

Guardo la cartulina en el bolsillo trasero del pantalón haciendo una leve inclinación de cabeza en señal de respeto, y sigo calle abajo, recordando una época en la que yo también trabajaba como vidente. Fue recién llegado a Bilbao, cuando intentaba sobrevivir con los pocos euros que conseguía sacar a algún que otro ingenuo. Me pregunto si ese hombre que acabo de encontrar será un auténtico sabio adivino o solo un impostor como yo. Parecía fiable, pero quién sabe, lo único importante es que yo ahora no necesito ayuda de ningún brujo, porque estoy mejor que nunca.

Al llegar al cruce con la calle Poulet, alguien me ofrece sexo de un modo muy poco sutil. Ni siquiera me detengo, pero miro de reojo. Es una mujer china la que no para de decirme guarradas en voz baja, casi susurrando, mientras un grupito de compatriotas merodea cerca de ella. Les habrá llamado la atención mi ropa de marca o el brillo de mis zapatos nuevos. No es mala señal.

Llego a la terraza de Le Paddirac, en Rue d’Oran. Ya estamos en primavera y la temperatura es agradable, se está a gusto sentado aquí fuera. Pido un café con un croissant, y espero tranquilo mientras veo pasar a la gente. La fulana de

ojos rasgados sigue en la esquina de arriba junto a sus colegas. No es la primera que me las encuentro, pero no me acostumbro a ver prostitutas orientales en un barrio africano como este. Lo que más me llama la atención es su aspecto, precisamente porque es de lo más discreto. Visten de un modo corriente, nada de tacones altos, nada de ligueros, ni pestañas postizas, ni escotes abiertos, nada que sugiera a simple vista lo que están buscando en la calle. Además, la mayoría no son tan jóvenes, parecen tradicionales amas de casa. ¿Cómo habrá llegado hasta aquí cada una de ellas?, ¿en qué circunstancias, cuál será su situación real?, ¿dónde demonios se esconden esos malditos proxenetas que las explotan? No puedo evitarlo, el amargo recuerdo de lo que hicieron con mi hija vuelve a machacarme la mente.

II

Dos hombres de mediana edad comen sentados frente a frente en la pequeña terraza de un minúsculo *kebab* del Pigalle. Cuarenta y tantos años, uno magrebí, otro negro, ambos bastante altos, aunque el de piel más oscura, el que tiene la nariz aplastada contra la cara, es mucho más corpulento que su compañero, aparentemente algo más joven. Este último, de físico atlético y espigado, tiene buena planta y sería incluso atractivo si no fuera por las profundas cicatrices que invaden su rostro. Mientras mastica el pan de pita mecánicamente, deja vagar su mirada, quién sabe si entre los transeúntes del Boulevard de Clichy o entre los neones de los numerosos *sex-shops* de la zona. Por el contrario, su colega no aparta los ojos del bocadillo que sujeta entre sus dos manazas, ocupa casi toda la mesa con los codos hincados sobre el tablero y come con fruición, abriendo la boca hasta atrás en cada bocado.

—¡Cojonudo! —Se relame, haciendo una pausa antes del siguiente mordisco—. Estos turcos tienen un don para el *kebab*... Ya os gustaría a los moros prepararlo así de bien.

—A ver, negro ignorante, ¿cuántas veces más tendré que decirte que no soy moro? Yo soy blanco, ¿aún no te has dado cuenta?

—¿Blanco?, ¿tú? ¡Los cojones! Los moros no sois ni blancos ni negros, tenéis el color de la mugre que se os ha quedado pegada.

—Al menos mi familia no pertenece a una tribu bantú. Mi padre era europeo, para que te enteres.

—¡Seguro que sí! ¿Llegaste a conocerlo?

—No.

—Pues para mí que de pequeño te contaron un cuento chino. Si tu padre fuera europeo de verdad, tú no tendrías esa sucia cara de moro.

—¿Y tú? ¿Conociste al mulo que preñó a tu madre? Porque algo de burro o caballo tienes que llevar en los genes para haber salido tan feo.

—¿Por qué me suena tanto esta conversación?

—Porque no eres nada original, siempre me estás tocando los huevos con la misma historia.

Una mujer mayor que ha salido a fumar de la cafetería contigua los mira escandalizada desde el umbral de la puerta.

—Tranquila, señora —dice el negro, forzando un gesto extraño que pretende ser una sonrisa—. Aparte de estos piropos, Martínez y yo nos queremos mucho. ¡Si somos amigos del alma!

Estas palabras hacen que la mujer desvíe la vista, turbada. Él vacía el botellín y, advirtiendo que la cerveza de su colega también está prácticamente agotada, levanta una mano pidiendo otra ronda. Entonces se fija en el televisor que se alcanza a ver desde donde están sentados. Están emitiendo imágenes de los disturbios ocurridos en los Campos Elíseos: barricadas, manifestantes, cargas policiales...

—¡Malditos Chalecos Amarillos! ¿Pero no se van a aburrir nunca?

Martínez no le responde, parece otra vez absorto en el bulevar hasta que, pasados unos segundos, vuelve en sí de repente:

—Oye, Perrot...

—¿Qué?

—¿Has visto a esa pareja?

Perrot levanta la mirada y exclama:

—¡Menudo pibón! Esa chica es como para fijarse en ella, vaya que sí...

—No lo digo por eso. ¿No te parecen sospechosos?

—¿Por qué?, ¿qué les pasa? Yo no les veo nada raro.

—Esas jetas no me cuadran con la ropa cara que llevan. A mí no me engaña ese pedazo de negrata, no es uno de esos parisinos pijos ni tampoco un turista yanqui, me juego lo que sea.

—¿Y qué te hace pensar eso?

—Su expresión —contesta Martínez—. Fíjate..., detrás de esa cara hay un pasado muy jodido, ¿no lo ves? Ese tío no ha tenido una vida fácil, puede que haya llegado en patera, quizás ni siquiera tenga papeles.

—Pues no sé —responde su compañero con indiferencia, antes de volver a lanzarse con las fauces abiertas sobre su bocadillo.

—Y la sudaca que lleva del brazo es puta, eso seguro.

Perrot, con la boca demasiado llena para hablar, emite una especie de gruñido sin mostrar mucho interés.

—Putas fina, pero puta —insiste el magrebí.

—¿A esa también le ves su vida dibujada en la cara?

—Sí.

—Y el negro de la patera es su chulo, claro.

—No, eso no lo creo. Pero ya te digo que algo no me cuadra.

Los dos hombres se quedan en silencio. Cuando Perrot engulle el último trozo de *kebab*, dice:

—Si tanto te pica la curiosidad, ¿por qué no vamos y les pedimos la documentación? Podríamos hacerles alguna pregunta —sugiere, no muy convencido—. Eso sí, habrá que acercarse con alguna disculpa.

—¿Qué disculpa ni que hostias! Somos polis y pedimos los papeles a quien nos salga de los cojones.

—Hombre, claro; yo solo lo digo por las últimas recomendaciones que nos han dado, ya sabes. En teoría no podemos ir así como así a pedirles que se identifiquen. Como resulte que al final sea una respetable pareja de ciudadanos franceses...

—Esos no tienen nada de respetables franceses.

—A lo mejor más que nosotros, ¿apostamos algo?

Los dos policías permanecen indecisos sin quitar ojo a la pareja. Por un momento, a Martínez le parece que el hombre los mira de soslayo, y está a punto de levantarse de la mesa para ir hacia él, pero justo entonces un viejo conocido aparece en escena, un hombre pequeño, medio calvo, con cuatro mechones pajizos desordenados sobre la cabeza. El tipo se pasea por el bulevar con caminar perezoso, y aún afloja más el paso al cruzarse con la chica mulata, tomándose tiempo para escanear descaradamente las curvas del generoso escote. Parece no importarle lo más mínimo que la joven vaya acompañada por un tiarrón de casi dos metros, solo le sobresalta una voz grave que reconoce llamándole desde unos metros más abajo:

—¡Eh, Georgi!

El gesto de Perrot no deja lugar a dudas, y el canijo rubio se acerca sumiso hasta la mesa del *kebab*.

—¿Cómo va el día? —le pregunta el poli negro.

—No puedo quejarme, jefe.

—¿Te estás portando bien?

—Claro, como siempre.

—Muy bien, me alegro.

Martínez continúa observando a la extraña pareja, indiferente al recién llegado.

—¿Quieres tomar algo con nosotros, Georgi? —ofrece Perrot.

—Muchas gracias, pero no. Llevo algo de prisa, así que si no os importa...

—¿Con prisa, tú? ¿Desde cuándo? —El policía negro suelta una risotada—. Espera un poco, hombre —pide, con un tono que no admite discusión—. Por casualidad, ¿no tendrás algo para nosotros?

—Pues, lo siento jefe, pero ya sabes que últimamente no...

—Lo sé, lo sé —corta el poli, con aire condescendiente—. Cada vez es más complicado buscarse la vida en París,

¿verdad? —deja pasar un instante antes de continuar—. A lo mejor tendrías que volver a Moldavia, a ver qué tal pinta por allí.

—Algún día volveré, claro, pero ahora no, de momento no tengo intención —responde nervioso el hombrecillo—. Espera, espera..., que a lo mejor...

El tipo empieza a rebuscar en uno de sus bolsillos hasta que, de repente, para en seco poniendo cara de asombro. Parece que ha encontrado algo, lo saca con disimulo y se lo pasa a Perrot con un gesto rápido. Después, nada. Georgi se queda mirando en silencio a la pareja de polis mientras estos parecen ignorarle.

—¿Me puedo ir? —dice finalmente.

—Aún no, hay algo más —contesta Martínez—. La mulata que acaba de irse por allí —señala con la cabeza.

—¿Sí?

—¿La habías visto antes?

—No, y al armario que la acompaña tampoco. No los conozco de nada, esos no se mueven por el Pigalle.

—¿Seguro?

—Seguro, ¿cuándo os he mentado yo?

—Muchas veces —responde el magrebí.

—Demasiadas —añade el negro.

Vuelve a hacerse el silencio. Los policías han perdido definitivamente el poco interés que podían tener por el moldavo. Martínez termina su bocadillo y Perrot da el último trago a su cerveza antes de levantarse.

—Me voy al servicio a tomar el postre —dice a su colega, dando una palmadita en el bolsillo donde ha guardado lo que acaba de pasarle Georgi—. Cuando quieras vienes, que también tendré preparado lo tuyo, ¿vale?

—Vale.

—Y yo, Morcelli... —interviene el hombre menudo, con tono quejumbroso—. ¿Puedo irme ya?

—¿Y a ti quién te ha dado permiso para llamarme así?

—En el Pigalle y Barbès todos te llaman así.

—Pues tú no. Al menos no en mi jeta.

—Sigues en forma, ¿verdad? —se atreve a preguntar Georgi.

—Sí, gracias a maleantes como tú, que me obligan a correr detrás de ellos todos los días.

—Yo también era buen corredor, muy bueno —sub-raya—. ¿Sabes que estuve en la selección de fondo de Moldavia?

—¡Y a mí qué me importa! ¿Por qué no te callas ya de una puta vez?

—Bueno, no te enfades. —El hombrecillo mira sumiso al policía—. Quizás lo mejor sea que desaparezca ya, ¿verdad? ¿Puedo irme?

—Espera. —Martínez se palpa la cicatriz más profunda de su rostro—. A lo mejor puedes hacer un trabajito para nosotros.

* * *

—Oye, loco, ¿adónde tú vas tan acelerao de repente? —me pregunta Yareliz.

—Quiero alejarme de aquí cuanto antes, no me gusta la pinta de esos dos maromos.

—¿Qué maromos?

—Los que están sentados en la terraza de ese *kebab*, pero no mires.

Ella, sin hacer caso, desvía la vista un segundo.

—¿El moro y el negro?

—Esos mismos.

—No son precisamente unos gustanini, pero tampoco es para tanto.

—Huelen a madera. No vuelvas a mirar, por favor, y no te pares.

Me pongo enfermo en cuanto sospecho que pueden pedirme los papeles. Yareliz ya tiene la nacionalidad española, así que puede ir tranquila por donde quiera. Yo tam-